

María Concepción Calvillo viuda de Nava

*L*a señora Concepción Calvillo es la esposa del doctor Salvador Nava, a quien llamaba Chavo o el doctor indistintamente. Testigo privilegiado y parte fundamental de las batallas políticas que emprendió el navismo en San Luis Potosí. Compañera de Nava en su lucha por la dignidad de las personas, con sus marchas, concentraciones públicas y caminatas interminables en busca de la democracia.

Para explicar quién fue Salvador hay que hacer referencia a la familia Nava y la forma en la que ellos se relacionaban con la sociedad. La familia estaba compuesta por seis miembros, de los cuales cuatro fueron médicos. Su interés por los problemas de la gente tuvo que ver con su profesión, y dada la inexistencia del Seguro Social en la entidad, tuvieron contacto permanente con la gente de todos los sectores sociales, principalmente con trabajadores. Ésa fue la base del conocimiento, del cariño, de la fe, del convencimiento de la gente de San Luis de que estaban tratando con gente honrada.

Ahí empezó la relación de los Nava con la sociedad. La confianza que se le tiene a toda una familia fue resultado de la vinculación que ésta tuvo con trabajadores, comerciantes, y demás personas, lo que les permitió recibir de forma permanente el respaldo social en todas las actividades cívicas que emprendieron.

La primera incursión política de los Nava fue en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, siendo rector el hermano

mayor, Manuel. Sin embargo, cuando él muere, en 1958, se iban a cambiar autoridades municipales en diciembre, y ante la ausencia de Manuel quienes lo apoyaban fueron con el más joven de los Nava, que es mi esposo, y de alguna forma lo presionaron para que tomara la estafeta que dejaba Meme, si no en la Universidad, sí en el ámbito ciudadano para que aceptara competir por la presidencia municipal.

Lo que mejor definía a Salvador era su forma de involucrar a las personas en las actividades cívicas. Él invitaba, pero no imponía; él oía propuestas, y después de estudiarlas, de recapacitarlas, tomaba las decisiones correspondientes. Eso fue lo maravilloso de su trabajo.

En aquel entonces, el ciudadano que cooperaba con aquel gobierno municipal que él encabezó se sentía incluido. Ése fue el éxito. Era una época donde la gente, la mayoría, era muy pobre; entonces, venían, por ejemplo, de las colonias y le decían: “Doctor, necesitamos drenaje, necesitamos agua”, y él contestaba: “Cómo no, pero necesito que me ayuden. Hagan ustedes las zanjas, que nosotros en el gobierno hacemos el resto.”

Era increíble, las personas trabajaban como hormigas. En la noche, cuando el obrero llegaba de su trabajo, con la mujer y los niños, con cubetas sacaban la tierra, y ya que tenían la fosa donde iban a poner su entrada de agua, o su entrada de drenaje, les decía: “Ahora sí que yo sabré cómo, pero se las ponemos.”

Eso mismo hacía para instalar otros servicios, como la luz, por ejemplo. El gobernador no podían creer que costara tan poco electrificar San Luis; porque aquí, cuando el doctor entró al municipio había 100 focos, aparte de los de la plaza de armas;

y para ampliar la red de electrificación les decía a las personas: “Yo electrifico, pero ayúdenme a hacer los postes.” Eso fue precisamente la ciudadanización. Todos sintieron que San Luis era de ellos, que tenían que ayudar a aquel hombre que había pensado en las personas.

El movimiento navista inició propiamente en el año de 1958, aunque es después, al concluir Nava su trabajo en el municipio —cuando se decidió lanzar su candidatura por la gubernatura del estado—, que el movimiento fortalece sus vínculos con la sociedad, porque la campaña trajo consigo una persecución terrible, una represión brutal. Persiguieron a los que tenían, porque apoyaban el ideal de libertad y democracia, y a los que no tenían, los obreros, porque estaban del lado del doctor, del lado de una exigencia justa. Si nos reuníamos, nos lanzaban bombas lacrimógenas por el simple hecho de que no estábamos de acuerdo con que otros decidieran por los ciudadanos, por nosotros.

Era común que los fines de semana a los obreros que nos apoyaban se los llevaran presos sin haber causa legal alguna, y lo que solían hacer para evitar su aprehensión era coserse las bolsas de los pantalones para que no fueran, en algún momento, a ponerles marihuana — que era lo que se usaba en aquel entonces — para tener argumentos para detenerlos, amedrentarlos y evitar que nos siguieran apoyando. Sin embargo, cuando tocaba la desgracia de que se los llevaran presos, la pregunta obligada era: ¿Y quién los va sacar de la cárcel? Y la respuesta era la misma: El doctor, claro. ¿A quién le avisaban? Al doctor, y él decía: “¿Los vamos a dejar allí?, claro que no, vamos a pagar la fianza”, y lo hacía porque creía que ésa era su responsabilidad, como una justa respuesta hacía la gente que le había entregado su confianza.

Pero el acoso no era exclusivo para los más desprotegidos; los del gobierno también solían reprimir a los que tenían una buena posición económica, que asumían la valentía de apoyar el movimiento. A todos nos hostigaron, pero no nos quedaba más que aguantar, lo cual sólo pudimos hacer hasta 1963. A Salvador, primero lo metieron a la cárcel, luego lo siguieron acosando, y finalmente lo golpearon.

Toda la gente fue muy solidaria con nosotros, porque cuando Chavo estaba en la cárcel muchas personas venían y me dejaban canastas con huevos, con frutas, o con lo que podían; por las mañanas que yo bajaba al patio me encontraba con todo aquello, y preguntaba: “¿Qué pasó, pero quién las trajo?”, “No sabemos”, me decían las muchachas que me ayudaban. En los colegios en los que tenía a mis hijos me mandaron decir que podía seguir enviándolos aunque no pagara. Estos gestos de generosidad los agradezco, porque no hubiera sabido qué hacer para pagar las colegiaturas y lo demás que en casa se necesitara. Ésa era la relación que teníamos con las personas, de plena solidaridad.

A pesar de la ferocidad de la represión, los ciudadanos no tenían miedo y se mostraban siempre al frente, apoyando el movimiento. No sabíamos qué iba a pasar, y creo que ni el mismo gobierno se daba cuenta de lo que estaba haciendo; sin embargo, después de soportar un acoso tan grande muchas personas vinieron y le dijeron a Salvador: “Doctor, queremos trabajar, llevamos desde el cincuenta y ocho de estar en esto y ya queremos tener un poco de libertad para trabajar sin que nos acosen.”

Hubo un sector de ciudadanos que soportó con firmeza todos los malos momentos, y ése fue el de los obreros. Ellos no decían nada, aguantaban que los golpearan, que les hicieran lo que les

hicieran; sin embargo, el doctor no estaba dispuesto a permitir que estuvieran acosando a la gente de esa forma, y entonces, dijo: “Muy bien, si esto no puede seguir, nos retiramos. Yo no puedo exponerlos a que esta persecución pase a mayores.” Ya en el retiro, en nuestra casa, sólo se habló de política, pero sin que interviniéramos activamente en los procesos.

Lo que hacía del navismo un movimiento tan atractivo para los ciudadanos era el convencimiento que tenía Salvador de tomar en cuenta a las personas en los asuntos del gobierno; era sin duda su convicción de escuchar a toda persona que tuviera algo que decirle. Su regreso a la vida política, que fue en 1982, lo refleja, sobre todo por la forma en la que fue recibido por los potosinos.

En esa época, el gobernador del estado era el profesor Carlos Jonguitud Barrios, líder del sindicato de maestros, quien gobernaba de una manera autoritaria. Así, ante el escenario tan complicado en el estado, y en la ciudad de San Luis, antes de las elecciones vinieron a ver a Salvador un grupo de personas, gente de la iniciativa privada, obreros y gente pobre — que era la más perseguida por la forma en la que actuaba la policía en las colonias pobres —, a invitarlo a que entrara en la contienda política como candidato ciudadano a la presidencia municipal de la capital del estado.

Él lo pensó durante varios días, y después de mucha reflexión y de platicarlo con nosotros en la familia se decidió a participar. Se sentía con cierta responsabilidad de volver otra vez a la lucha porque aún tenía presentes los intensos momentos que vivimos en los años sesenta. Tenía el tiempo para hacerlo, pues acababa de terminar su periodo como director de la Facultad de Medicina, además de que era inquieto y, por lo tanto, siempre buscaba una manera de trabajar y hacer algo de provecho.

Su paso por la presidencia municipal costó mucho trabajo. No fue que lo volvieran a llevar a la cárcel ni que lo golpearan, pero sí lo acosaron insistentemente: le cortaban la luz en el municipio y le negaban las participaciones a las que el ayuntamiento tenía derecho, por lo que después de un tiempo dijo: “Desde luego que no lo voy a admitir, y si el gobernador sigue así, yo convoco a los ciudadanos para que ellos me ayuden a decirle que cumpla con su responsabilidad.” Y lo logró.

Era un humanista, y estaba plenamente convencido de que los ciudadanos tenían que intervenir con sus autoridades en el ejercicio de gobierno para lograr la democracia. Aquel que luchaba por una buena causa venía y le decía: “Doctor, ayúdeme”; y él le ayudaba, fuera del partido que fuera, pues lo hacía por un simple afán de justicia. Era un hombre incansable, y cuando emprendía un proyecto, no lo hacía por adquirir poder, político o económico. Él decía que la lucha se tenía que dar para enseñarle al ciudadano que cuando se estaba convencido de que algo era justo tenía que luchar por ello.

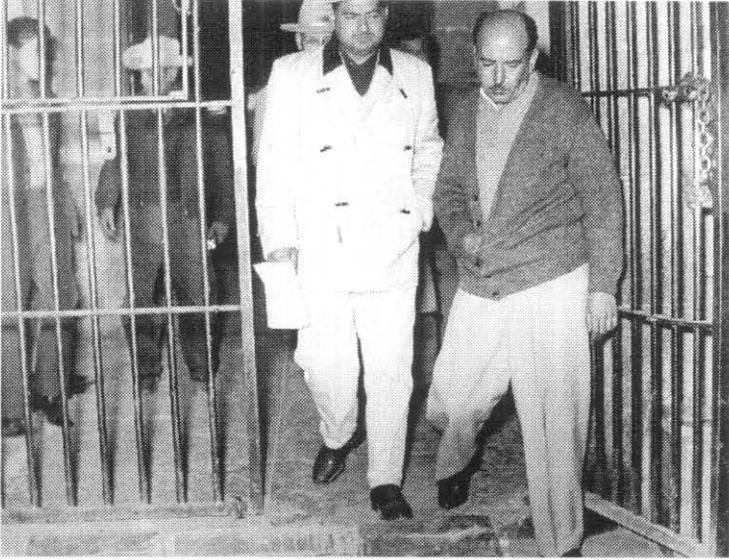
Cuando terminó su último periodo como presidente municipal invitó a todos sus colaboradores a un restaurancito para darles las gracias, y a su vez para ofrecerles una disculpa por lo poco que se les pagaba: al director del servicio de luz, al de limpia, a todos los directores que trabajaban en el municipio. Ellos, emocionados, le dijeron: “Al contrario, doctor, gracias por haber permitido que estos años fuéramos útiles a nuestra patria, a nuestro municipio.” Ellos habían sido útiles a San Luis Potosí.

Las personas lo querían mucho, y una de las cosas que recuerdo con sentimiento se dio en 1958. En esa ocasión no teníamos dinero para la campaña —no existía este derroche que hay ahora—, entonces, recuerdo que llegó Salvador muy emocionado

y me dijo: “¿Qué crees?, llegó un señor con una bolsa y me dijo: Doctor, aquí está mi alcancía. Le dije, no don Rodrigo, no se la puedo admitir, y él me contestó: ¿Para qué son las alcancías?, le dije que para cuando uno tiene necesidad, y me contestó, bueno, pues ahora la tenemos, y aquí está mi alcancía.” En la bolsa había diversas monedas, de un peso, de veinte centavos, de diez... no sé cuántas, pero era una alcancía llena. ¿Desde cuándo tendría su alcancía? No sé, pero allí la dejó. Ésa era la forma en la que la gente quería a Chavo, sin restricciones, entregada totalmente porque sabía que enarbolaba una causa justa.



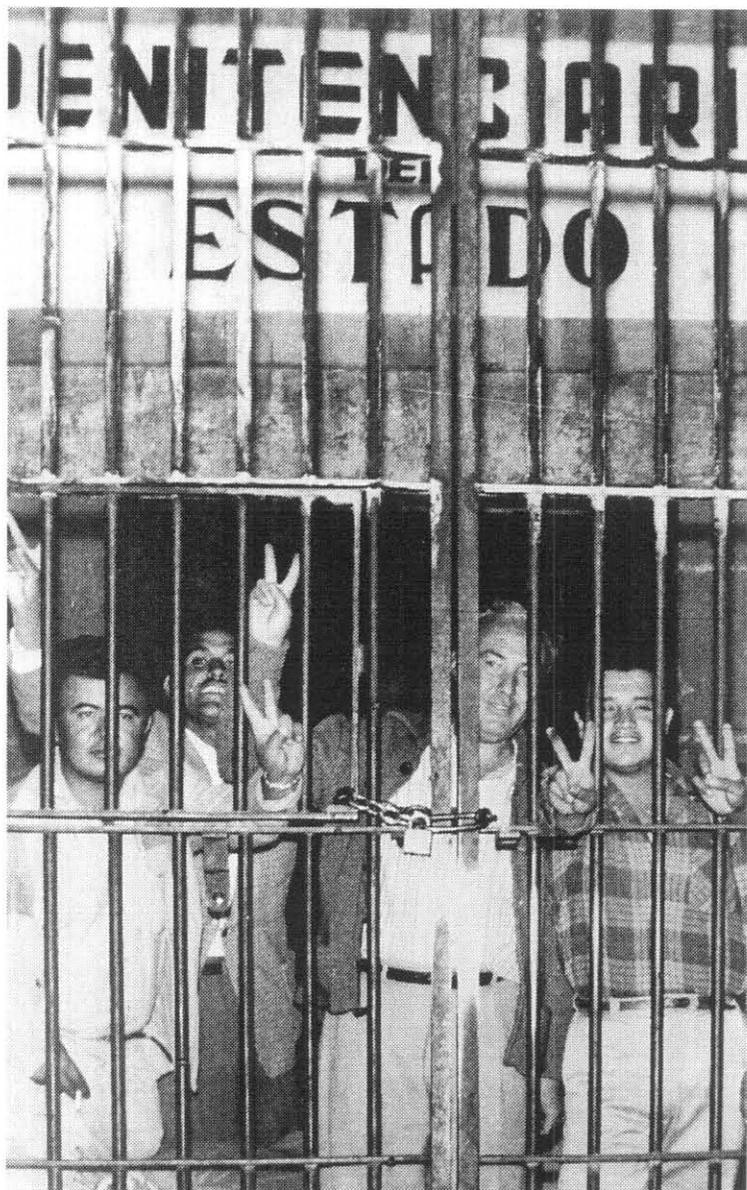
Navistas, 1961.



Salvador Nava Martínez, penitenciaría de San Luis Potosí, 1961.



El Ejército en San Luis Potosí, 1961.



Navistas, penitenciaría de San Luis Potosí, 1961.